

## ***Las notas de Friedrich Engels sobre la guerra de 1870-1871***

**León Trotsky  
19 de marzo de 1924**

(Versión al castellano desde “[Les notes de Friedrich ENGELS sur la guerre de 1870-1871](#)”, en [Marxistes, les auteurs marxistes en langue française – Trotsky](#). Prefacio escrito por León Trotsky para la primera edición en ruso de los artículos de F. Engels sobre la guerra franco-prusiana de 1870-1871, firmado el 19 de marzo de 1924; editado en *Pravda* número 71 del 28 de marzo de 1924.)

El libro de Friedrich Engels consiste en su mayor parte en una crónica analítica de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Se trata de artículos publicados en el periódico inglés *Pall Mall Gazette* durante la guerra. Ya se deduce que el lector no debe esperar encontrar en estas notas una especie de monografía sobre la guerra ni ninguna exposición sistemática de la teoría del arte militar. No, la tarea de Engels consistía en partir de la estimación general de las fuerzas y medios de los dos adversarios y seguir el empleo cotidiano de estas fuerzas y medios, para ayudar al lector a orientarse en el curso de las operaciones militares e incluso levantar un poco, de vez en cuando, el llamado velo del futuro. Los artículos militares de este tipo ocupan al menos dos tercios del libro. El último tercio está formado por notas dedicadas a diversos ámbitos especializados del arte de la guerra, siempre estrechamente relacionados con el transcurso de la guerra franco-prusiana: “Cómo combatir a los prusianos”, “Florecimiento y decadencia de los ejércitos”, “Zaragoza-Paris”, “Apología del emperador”, entre otros. Es obvio que no se puede leer y estudiar un libro de este tipo igual que las otras obras puramente teóricas de Engels. Para comprender plenamente las ideas y estimaciones de carácter concreto y positivo contenidas en este libro, es necesario seguir paso a paso todas las operaciones de la guerra franco-prusiana sobre el mapa y, con ello, tener en cuenta también las consideraciones de la literatura de historia militar más reciente. Un trabajo científico tan crítico no puede ser tarea del lector medio: requiere conocimientos militares previos, mucho tiempo y un interés especial por este campo. Pero, ¿estaría justificado tal interés? En nuestra opinión, sí. Se justifica sobre todo desde el punto de vista de una correcta apreciación del nivel militar y de la perspicacia militar del propio Engels. Sin duda, sería muy interesante un estudio a fondo del texto extremadamente pequeño de Engels, una comparación de sus juicios y pronósticos con los juicios y pronósticos contemporáneos de los escritores militares de la época. No sólo sería una importante contribución a la biografía de Engels (aunque su biografía es un capítulo relevante de la historia del socialismo), sino también una ilustración particularmente llamativa del problema de la relación recíproca entre el marxismo y el arte de la guerra.

Engels no dice ni una palabra sobre el marxismo o la dialéctica en ninguno de estos artículos: esto no es sorprendente, dado que escribía anónimamente para un periódico archiburgués en una época en la que el nombre de Marx era todavía poco conocido. Pero estas causas externas por sí solas no llevaron a Engels a abstenerse de cualquier argumentación de teoría general. Podemos estar convencidos de que, incluso si Engels hubiera tenido la oportunidad de tratar los acontecimientos de la guerra en un periódico marxista-revolucionario (con mucha mayor libertad en la expresión de sus simpatías y antipatías políticas), habría abordado, no obstante, el análisis y la apreciación del curso de la guerra de manera apenas diferente a como lo hizo en la *Pall Mall Gazette*. Engels no introdujo desde fuera una doctrina abstracta en el campo de la ciencia militar, ni estableció como criterios universales las recetas tácticas que había descubierto. A pesar

de la brevedad de la presentación, se puede apreciar el cuidado con que el autor examina todos los elementos del arte militar, desde la extensión del territorio y la población de los países en cuestión hasta la investigación biográfica sobre el pasado del general Trochu, para comprender mejor sus métodos y costumbres. Detrás de estas notas se intuye una enorme cantidad de trabajo, pasado y presente. Engels, que no sólo era un profundo pensador sino también un excelente escritor, no sirvió al lector materia prima. Esto puede hacer que algunas de sus observaciones y generalizaciones parezcan superficiales. En realidad, no es así. La elaboración crítica a la que sometió los materiales empíricos es extremadamente minuciosa. Esto ya resulta evidente por el hecho de que el desarrollo posterior de los acontecimientos bélicos confirmó una y otra vez los pronósticos de Engels. No hay razón para dudar de que un estudio a fondo de la obra de Engels por parte de nuestros jóvenes teóricos de la guerra en el sentido indicado mostraría aún más la seriedad con que Engels trataba la conducción de la guerra como tal.

Pero también entre quienes lean y no estudien el libro (y ésta será la mayoría, incluidos los militares) la obra de Engels despertará gran interés, no por su relato analítico de las diversas operaciones militares, sino por la apreciación general del curso de la guerra y por los juicios en diversos campos militares, que se tocan de manera dispersa en muchos lugares de su crónica de guerra y en parte, como ya hemos dicho, también en artículos enteros. La vieja idea de los pitagóricos de que el mundo se regiría por el número (en el sentido realista, no místico de la palabra) puede aplicarse especialmente bien a la guerra. En primer lugar, el número de batallones. A continuación, el número de fusiles, el número de pistolas se expresa cuantitativamente por el alcance de las armas de fuego, por su precisión. Las cualidades morales de los soldados se expresan en la capacidad de soportar largas marchas, de resistir mucho tiempo bajo el fuego enemigo, etc. Sin embargo, cuanto más se profundiza en este campo, más se complica el problema. El número y el carácter de los equipos dependen del estado de las fuerzas productivas del país. La composición del ejército y su mando están condicionados por la estructura social de la sociedad. El servicio administrativo de la intendencia depende del aparato general del estado, que está determinado por la naturaleza de la clase dominante. La moral del ejército depende de la relación recíproca de las clases, de la capacidad de la clase dominante para hacer de las tareas de la guerra los objetivos subjetivos del ejército. El grado de capacidad y talento del mando depende, por su parte, del papel histórico de la clase dominante, de su capacidad para concentrar las mejores fuerzas creativas del país en sus objetivos, que de nuevo serán diferentes, según que la clase dominante desempeñe un papel histórico progresista o simplemente sobreviva y luche por su existencia. Aquí sólo se han mencionado las relaciones básicas, y aun así sólo de forma esquemática. En realidad, la dependencia de los diversos ámbitos de la guerra entre sí, y de todos estos ámbitos en su conjunto con respecto a los diversos aspectos del orden social, es mucho más compleja y ramificada. En el campo de batalla todo se reduce, al final, al número de soldados rasos, comandantes, muertos y heridos, prisioneros y desertores, la extensión del territorio conquistado y el número de trofeos. Pero, ¿cómo se puede predecir el resultado final? Si fuera posible identificar y determinar de antemano todos los elementos de una batalla y de una guerra con precisión, entonces ni siquiera habría guerra, porque nadie tendría la idea de ir a una derrota establecida de antemano. Pero no puede haber una predicción tan exacta de todos los factores. Sólo los elementos materiales más inmediatos de la guerra pueden expresarse en cifras. Sin embargo, en lo que respecta a la dependencia de los elementos materiales del ejército de la economía del país en su conjunto, la evaluación y, por consiguiente, también las previsiones, tendrán un valor mucho más limitado. Esto se aplica especialmente a los llamados factores morales: el equilibrio político en el país, la resistencia del ejército, la actitud de la retaguardia, el trabajo coordinado del aparato del

estado, el talento de los comandantes, etc. Laplace afirmaba que un cerebro capaz de abarcar todos los procesos que tienen lugar en el universo podría predecir infaliblemente todo lo que ocurrirá en el futuro. Esto se desprende incuestionablemente del principio del determinismo: no hay fenómeno sin causa. Pero, como sabemos, no existe tal cerebro, ni individual ni colectivo. Por eso es posible que incluso los hombres mejor informados y más brillantes se equivoquen muy a menudo en sus predicciones. Pero está claro que cuanto más se acerque uno a una previsión correcta, cuanto mejor conozca los elementos del proceso, cuanto mayor sea la capacidad de articularlos, evaluarlos y combinarlos, mayor será la experiencia científica creativa, más amplio será el horizonte.

En su crónica militar, por modesta que sea su temática, Engels sigue siendo siempre él mismo: aporta a su obra la mirada penetrante de un hombre capaz de combinar análisis y síntesis en el arte militar y que ha pasado por la gran escuela de teoría social de Marx-Engels y por la escuela práctica de la Revolución de 1848 y de la Primera Internacional.

“Comparemos las fuerzas”, dice Engels, “que los dos bandos pueden alinear para su exterminio mutuo, y, para simplificar las cosas, ocupémonos sólo de la infantería, pues es ella la que decide el resultado de la batalla; las diferencias sin importancia en la fuerza numérica de la caballería y la artillería, incluidas las ametralladoras y toda otra maquinaria maravillosa, no contarán mucho.”

Esto, que era más o menos correcto para Francia y Alemania en 1870, sin duda no lo sería para nuestra época. Hoy en día, es imposible determinar la proporción de fuerzas militares sólo por el número de batallones. No cabe duda de que la infantería sigue siendo el principal factor en las batallas actuales. Pero el papel del coeficiente técnico en la infantería ha crecido considerablemente, y en medida desigual en los diferentes ejércitos: no hablamos sólo de las ametralladoras, que todavía eran “hacedoras de milagros” en 1870; no sólo de la artillería, que ha aumentado mucho en número e importancia, sino también de recursos completamente nuevos: el automóvil, tanto para fines militares como para el transporte en general, la aviación y la química de guerra. Sin tener en cuenta estos “coeficientes”, una estadística que sólo se refiriera al número de batallones sería hoy completamente irreal.

Basándose en sus cálculos, Engels llega a la conclusión de que Alemania dispone de un número de soldados entrenados muy superior al de Francia, y que la superioridad de los alemanes se hará cada vez más patente con el paso del tiempo, a menos que Luis Napoleón se adelante al enemigo desde el principio y le asesten golpes decisivos, antes de que éste pueda hacer uso de su superioridad potencial.

Así, Engels llegó ya a la estrategia, ese más alto campo independiente del arte militar que, sin embargo, está conectado, a través de un complicado sistema de palancas y correas de transmisión, con la política, la economía, la cultura y la administración. En cuanto a la estrategia, Engels considera esencial formular desde el principio las inevitables reservas realistas.

“Hay que tener en cuenta que no se puede esperar un éxito decisivo sólo de un plan estratégico. Siempre pueden surgir impedimentos inesperados: un contingente de tropas no llega a tiempo, cuando más se necesita; o el adversario realiza una maniobra imprevista, o toma medidas de seguridad imprevistas; y, por último, a la inversa: una tenaz resistencia de las tropas o la afortunada iniciativa de un general pueden, llegado el caso, salvar a un ejército derrotado de las peores consecuencias de su derrota, es decir, de perder el enlace con su base.”

Esto es indudablemente cierto. Frente a una concepción tan realista de la estrategia, a lo sumo el difunto Pful o alguno de sus retrógrados admiradores podrían encontrar objeciones a la consideración de lo esencial en todo el plan de guerra, y eso de

la forma más completa que permitan las circunstancias; la consideración de aquellos elementos que no pueden determinarse de antemano; formulación de las órdenes de manera suficientemente flexible para adaptarlas a cada situación y a sus variaciones imprevistas; y lo principal: determinación a tiempo de cualquier cambio fundamental de la situación y modificación correspondiente del plan, o incluso su reelaboración total, es precisamente en esto en lo que reside el verdadero arte de la guerra. Si se pudiera definir el plan estratégico, si se pudieran tener en cuenta de antemano el estado del tiempo, los estómagos y las piernas de los soldados y las intenciones del adversario, entonces un autómatas con conocimientos de las cuatro operaciones podría ser un capitán victorioso. Por suerte o por desgracia, no es el caso. El plan de guerra no tiene de ninguna manera un carácter absoluto, y la existencia del mejor plan está aún lejos de garantizar la victoria, como señala acertadamente Engels. Por otro lado, cualquier fallo del plan hace que la pérdida sea inevitable. Cualquier comandante digno de tomarse medianamente en serio, que por esta razón rechace cualquier plan, debería ser internado en un psiquiátrico.

¿Y el plan estratégico de Napoleón III? Ya sabemos que la enorme superioridad potencial de Alemania residía en su preponderancia de material humano entrenado. Como señala Engels, la tarea de Bonaparte consistía en hacer imposible que el enemigo, mediante operaciones rápidas y decisivas, se aprovechara de esta superioridad. Se podría pensar que la tradición napoleónica debería haber jugado precisamente a favor de este enfoque. Pero, por desgracia, la realización de planes de guerra tan audaces también dependía, en igualdad de condiciones, del trabajo exacto de la intendencia; y todo el régimen del Segundo Imperio, con su frenética e incapaz burocracia, no era en absoluto adecuado para el cuidado y mantenimiento de las tropas. De ahí la fricción y la pérdida de tiempo desde los primeros días de la guerra, el abandono general, la imposibilidad de aplicar cualquier plan y, como resultado, el colapso.

En algunos lugares, Engels menciona de pasada el efecto nocivo que la irrupción de la “política” puede tener en el curso de las operaciones militares. A primera vista, esta observación parece contradecir la opinión de que la guerra no es, al fin y al cabo, más que una continuación de la política. En realidad, no hay ninguna contradicción. La guerra es una continuación de la política, pero con sus propios medios y métodos. Cuando la política, para la solución de sus tareas fundamentales, se ve obligada a recurrir a la ayuda de la guerra, esta misma política no debe perturbar el curso de las operaciones bélicas para sus tareas secundarias. Si Bonaparte llevó a cabo acciones claramente inapropiadas desde el punto de vista militar para, en opinión de Engels, influir favorablemente en la “opinión pública” con éxitos efímeros, se trató sin duda de una intromisión inadmisibles de la política en la conducción de la guerra, incapacitando a esta última para dominar las tareas fundamentales que plantea la política. En la medida en que Bonaparte, en la lucha por la conservación de su régimen, se vio obligado a admitir tal intervención de la política, ya estaba implícita la condena manifiesta del régimen por sí mismo, lo que iba a hacer inevitable el próximo colapso.

Cuando el país derrotado, tras la derrota total y la captura de sus fuerzas armadas, intenta bajo el liderazgo de Gambetta construir un nuevo ejército, Engels sigue esta obra con una asombrosa comprensión hacia los asuntos de la organización militar. Caracteriza perfectamente a las tropas jóvenes e indisciplinadas que se forman de manera improvisada. “Tales tropas”, dice, “están muy rápidamente dispuestas a gritar traición si no son inmediatamente conducidas contra el enemigo, y están igualmente rápidamente dispuestas a huir, cuando la presencia de este último se siente seriamente.” Es imposible no pensar aquí en nuestros primeros contingentes y regimientos de los años 1917-1918. Engels sabe perfectamente dónde radican las principales dificultades, una vez reunidas todas las demás condiciones: en la transformación de una masa humana en una compañía

o un batallón. “Quien alguna vez haya tenido ocasión [dice] de ver ejércitos populares improvisados en un campo de entrenamiento o en el campo de fuego (ya se trate de los Cuerpos Francos de Baden, de los “Bull-Rum Yankees”, de los “móviles” franceses o de los voluntarios ingleses) habrá observado inmediatamente que la causa principal de la falta de habilidad y resistencia de estas tropas reside en el hecho de que sus oficiales no conocen su deber”.

Es muy instructivo ver con qué seriedad trata Engels a las tropas de carrera de un ejército. Qué lejos está este gran revolucionario de toda la cháchara pseudorrevolucionaria, muy popular en Francia en aquella época sobre la virtud salvadora de un levantamiento de masas, de una nación armada (a toda prisa), etc. Engels sabe muy bien lo importantes que son los oficiales y suboficiales en un batallón. Hace cálculos rigurosos sobre los recursos en oficiales que le quedaban a la República tras la derrota de las fuerzas regulares del Imperio. Sigue con suma atención la aparición en el nuevo ejército, conocido como ejército del Loira, de rasgos que lo distinguen de una muchedumbre armada. Así, por ejemplo, observa con satisfacción que el nuevo ejército no sólo se aplica a marchar con unidad y a obedecer las órdenes, sino que “ha comprendido una cosa muy importante, que el ejército de Luis Napoleón había olvidado totalmente: los servicios de seguridad, el arte de garantizar las alas y la retaguardia contra los ataques repentinos, de detectar al enemigo, de atacar por sorpresa algunas de sus secciones, para obtener información y prisioneros”.

Así aparece Engels por doquier en estos artículos “periodísticos”: audaz en su amplitud de miras, realista en el método, perspicaz en las cosas grandes y pequeñas, y siempre concienzudo en la elaboración de los materiales. Cuenta el número de cañones de ánima rayada y lisa de los franceses, examina repetidamente la artillería alemana, piensa en las propiedades del caballo de caballería prusiano y nunca pierde de vista las cualidades del suboficial prusiano. Situado por el curso de los acontecimientos ante el problema del asedio y la defensa de París, explora la cualidad clave de sus fortificaciones, la potencia de la artillería, tanto en los alemanes como en los franceses, y examina de forma muy crítica la cuestión de si existen tropas regulares dentro de las murallas de París que puedan calificarse de aptas para el combate. Qué lástima no haber contado con esta obra de Engels en 1918: sin duda nos habría ayudado a superar más rápida y fácilmente el prejuicio entonces generalizado, con el que se pretendía oponer el “entusiasmo revolucionario” y el “espíritu proletario” a una organización establecida por profesionales, con una disciplina impecable y un mando entrenado.

El método de crítica militar de Engels se expresa más claramente, por ejemplo, en la 13ª nota, que trata del rumor procedente de Berlín de “una marcha resuelta sobre París”. El artículo sobre el campo atrincherado en París (nota 16) cuenta con la entusiasta aprobación de Marx. Un buen ejemplo del tratamiento que Engels da a los problemas militares es la nota 24, que trata del sitio de París. Desde el principio, Engels plantea dos hechos: “El primero es que París no puede esperar ser rescatada, en caso de necesidad, por un ejército francés del exterior [...] El segundo punto es que la guarnición de París no es apta para operaciones ofensivas de gran estilo”. Todos los demás elementos de su análisis se basan en estos dos puntos. De gran interés son dos juicios sobre la guerra de guerrillas y sus posibilidades de aplicación, cuestión que aún en el futuro no perderá su importancia para nosotros. El tono de Engels se vuelve más seguro con cada nota. Esta seguridad está justificada en la medida en que se ve confirmada, por una parte, por la comparación real con lo que los militares “de verdad” han escrito sobre estas cuestiones y, por otra, por una prueba aún más eficaz que son los propios acontecimientos.

Proscribiendo sin escrúpulos de su análisis toda abstracción, considerando la guerra como una cadena material de operaciones, considerando cada operación desde el

punto de vista de las fuerzas y de los medios realmente existentes y de sus posibilidades de combinación, este gran revolucionario procede como... un especialista de la guerra, es decir, como un hombre que, aunque sólo sea en virtud de su profesión o de su vocación, razona con los factores internos de la conducción de la guerra. No es de extrañar que los artículos de Engels se atribuyeran a las celebridades militares de la época, de modo que en el círculo de sus amigos Engels recibió el apodo de “general”. Sí, se ocupaba de cuestiones militares como “general”, quizá no sin importantes debilidades en ciertos campos militares y sin la necesaria experiencia práctica, pero con una cabeza, como no todo general puede llevar sobre sus hombros.

Pero, cabe preguntarse, ¿en qué se convierte realmente el marxismo con esto? A esto habría que responder que, hasta cierto punto, es precisamente aquí donde encuentra su expresión. Una de las premisas filosóficas fundamentales del marxismo es que la verdad es siempre concreta. Esto significa que no hay que disolver la profesión de la guerra y sus problemas en categorías sociales y políticas. La guerra es la guerra, y el marxista que quiera emitir juicios en este campo debe recordar que la verdad de la guerra también es concreta. Esto es lo que el libro de Engels enseña en primer lugar. Pero no sólo eso.

Si no es admisible disolver los problemas militares en problemas políticos generales, es igualmente inadmisibles separar los primeros de los segundos. Como ya hemos mencionado, la guerra es una continuación de la política por medios particulares. Este profundo pensamiento dialéctico fue formulado por Clausewitz. La guerra es una continuación de la política: quien quiera comprender la “continuación”, debe saber lo que la precede. Pero la continuación “por otros medios” significa: no basta con estar bien orientado políticamente para poder apreciar correctamente los “otros medios” de la guerra. La mayor e incomparable ventaja de Engels residía en que, al mismo tiempo que conocía profundamente el carácter de la guerra misma (con su técnica interna, sus métodos, sus tradiciones y sus prejuicios), era también el mayor conocedor de esa política a la que la guerra está subordinada en última instancia.

Huelga decir que esta enorme ventaja no pudo librar a Engels de errores en sus juicios y pronósticos militares concretos. Durante la Guerra de Secesión estadounidense, Engels había sobrestimado las ventajas puramente militares mostradas por los sureños en el primer periodo y, por tanto, tendía a creer en su victoria. En la guerra austro-prusiana de 1866, poco antes de la decisiva batalla de Königgratz, que puso la primera piedra de la preponderancia prusiana, Engels esperaba un motín en el Landwehr (ejército territorial) prusiano. Del mismo modo, en la crónica de la guerra franco-prusiana se pueden encontrar errores en cuestiones de detalle, aunque el pronóstico general de Engels fue incomparablemente más acertado en este caso que en los dos ejemplos citados. Sólo personas muy ingenuas pueden pensar que la grandeza de un Marx, Engels o Lenin reside en una infalibilidad automática. No, ellos también se equivocaron. Pero en los juicios que emiten sobre las cuestiones más importantes y complicadas suelen cometer menos errores que los demás. Y en esto se muestra la grandeza de su pensamiento. Y también en esto, en que sus errores, cuando se examinan seriamente sus razones, resultan a menudo mucho más profundos e instructivos que la opinión de quienes, fortuitamente o no, han tenido razón contra ellos en tal o cual caso.

Abstracciones del tipo de que cada clase debe poseer su propia táctica y estrategia no encuentran apoyo en Engels. Sabe muy bien que la base de todos los fundamentos de la organización militar y de la guerra está determinada por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y no por la desnuda voluntad de clase. Por supuesto, puede decirse que la época feudal tenía su propia táctica e incluso una serie de tácticas afines, que la época burguesa conoce igualmente no una, sino varias tácticas, y también el socialismo

conducirá sin duda a la elaboración de una nueva táctica de guerra, si se encuentra con el doloroso destino de tener que existir durante un período prolongado junto al capitalismo. En esta formulación general, esto es correcto, en la medida en que el nivel de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista es superior al de la sociedad feudal y el de la sociedad socialista será aún más elevado. Pero nada más. Pues de ello no se deduce que el proletariado, habiendo llegado al poder con un nivel de producción muy bajo, pueda forjar inmediatamente una nueva táctica que (por principio) sólo puede resultar del mayor desarrollo de las fuerzas productivas de la futura sociedad socialista.

En el pasado, hemos comparado muy a menudo los procesos y fenómenos económicos con los procesos y fenómenos militares. En la actualidad, puede que no nos resulte inútil contrastar algunos problemas militares con los económicos, pues ya hemos adquirido bastante experiencia en este último campo. La parte más importante de la industria funciona en nuestro país bajo las condiciones de la economía socialista, siendo propiedad del estado obrero y trabajando en su nombre y bajo su dirección. En virtud de esta circunstancia, la estructura sociojurídica de nuestra industria es profundamente diferente de la de la industria capitalista. Esto se manifiesta en el sistema de gestión de la industria, en la elección de los directivos, en la relación entre la administración de la empresa y los trabajadores, etc. Pero, ¿qué ocurre con el propio proceso de producción? ¿Habremos creado entonces nuestros propios métodos de producción socialistas, opuestos a los métodos capitalistas? Todavía estamos muy lejos de eso. Los métodos de producción dependen de la técnica material y del nivel cultural y productivo de los trabajadores. Con el desgaste de los equipos y la insuficiente ocupación de nuestras empresas, el proceso de producción se encuentra ahora a un nivel incomparablemente inferior al de antes de la guerra. A este respecto, no sólo no hemos creado nada nuevo, sino que sólo podemos esperar asimilar al cabo de unos años los métodos introducidos actualmente en los países capitalistas más avanzados, que les aseguran una productividad del trabajo muy superior. Pero si esto es así en el campo de la economía, ¿cómo puede ser de otro modo en principio en el del ejército? Las tácticas dependen de la técnica de guerra existente y del nivel militar y cultural del soldado. Por supuesto, la estructura política y sociojurídica de nuestro ejército es radicalmente diferente de la de los ejércitos burgueses. Esto se aprecia en la composición del mando, en la relación entre el mando y la masa de soldados y, sobre todo, en los objetivos políticos que inspiran a nuestro ejército. Pero de ello no se deduce que ahora podamos crear, en nuestro bajo nivel técnico y cultural, una táctica nueva en sus principios y más perfecta que la conseguida por las bestias de presa más civilizadas de occidente. No hay que confundir (como enseña el mismo Engels) los primeros pasos del proletariado que ha conquistado el poder (y estos primeros pasos se miden al cabo de los años) con la sociedad socialista, que ya se encuentra en una fase elevada de desarrollo. En la medida del crecimiento de las fuerzas productivas sobre la base de la propiedad socialista, nuestro propio proceso de producción adquirirá necesariamente un carácter diferente al del capitalismo. Para transformar cualitativamente el carácter de la producción, no necesitamos una inversión de la propiedad, etc.: sólo necesitamos un desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base ya establecida. Lo mismo se aplica al ejército. En el estado soviético sobre la base de una comunidad de trabajo entre obreros y campesinos, bajo la dirección de obreros avanzados, crearemos sin duda una nueva táctica. ¿Pero cuándo? Cuando nuestras fuerzas productivas superen o al menos alcancen aproximadamente las del capitalismo.

Ni que decir tiene que en el caso de colisiones militares con estados capitalistas tenemos una ventaja, muy pequeña es cierto, pero una ventaja, al fin y al cabo, que puede costarles la cabeza a nuestros enemigos. Esta ventaja radica en el hecho de que no tenemos antagonismo entre la clase gobernante y la clase de la que se compone la masa

de soldados. Somos el estado de los obreros y campesinos, y el ejército de los obreros y campesinos al mismo tiempo. Pero no se trata de una superioridad militar, sino política. Sería bastante injustificado extraer de esta ventaja política conclusiones que conduzcan al orgullo y la presunción militares. Por el contrario, cuanto más reconozcamos nuestro atraso, cuanto más nos abstengamos de jactarnos, cuanto más asiduamente aprendamos de la técnica y la táctica de los países capitalistas avanzados, más fundamentada estará nuestra esperanza, en caso de conflicto militar, de interponernos, como una cuña afilada, no meramente militar sino de naturaleza revolucionaria, entre la burguesía y las masas de soldados de sus ejércitos.

Me pregunto si es oportuno mencionar aquí el famoso descubrimiento del no menos famoso Chernov sobre el “nacionalismo” de Marx y Engels. El presente libro también da una respuesta clara a esta pregunta, sin alterar en absoluto nuestro juicio anterior, sino, por el contrario, reforzándolo de forma bastante concluyente. Los intereses de la revolución eran para Engels el criterio supremo. Apoyó los intereses nacionales de Alemania frente al Imperio de Bonaparte, porque los intereses de la unificación de la nación alemana en las condiciones históricas concretas de la época representaban una fuerza progresista, potencialmente revolucionaria. Nos guiamos por el mismo método cuando hoy apoyamos los intereses nacionales de los pueblos coloniales contra el imperialismo. Esta posición de Engels encontró su expresión, aunque muy reservada, en las notas del primer período de la guerra. Y cómo podría haber sido de otro modo: era imposible que Engels, para complacer a Luis Napoleón y a Chernov, apreciara la guerra franco-prusiana de otro modo, en contradicción con su significado histórico, sólo porque él mismo era alemán. Pero tan pronto como la tarea histórica progresiva de la guerra se hubo cumplido, la unidad nacional alemana estuvo asegurada y el Segundo Imperio fue derrocado, Engels alteró radicalmente sus “simpatías”, si queremos expresar sus inclinaciones políticas con esta palabra sentimental. ¿Por qué? Porque más allá de lo logrado ya se trataba de garantizar la preponderancia de los junkers prusianos en Alemania y de la Alemania prusificada en Europa. En estas circunstancias, la defensa de la desmembrada Francia se convirtió, o podía convertirse, en un factor revolucionario. Engels se sitúa aquí totalmente del lado de la guerra de defensa francesa. Pero al igual que en la primera mitad de la guerra, no permite que sus “simpatías” (o al menos intenta que no lo hagan) influyan en la evaluación objetiva de la situación militar. En ambos periodos de la guerra parte del examen de los factores materiales y morales de la guerra y busca una sólida base objetiva para sus predicciones.

No estará de más señalar, al menos brevemente, cómo, en su artículo sobre la fortificación y reforzamiento de la capital francesa, el “patriota” y “nacionalista” Engels sopesa con simpatía las posibilidades de una intervención inglesa, italiana, austriaca y escandinava a favor de Francia. Sus especulaciones desarrolladas en las columnas de un periódico inglés no son más que un intento de provocar la injerencia de una potencia extranjera en la guerra contra la amada patria de los Hohenzollern. ¡Esto pesa ciertamente más que incluso un vagón de plomo!

El interés de Engels por los asuntos militares no tenía fuentes nacionales, sino puramente revolucionarias. Habiendo salido de los acontecimientos de 1848 como un revolucionario maduro, con el *Manifiesto Comunista* y las luchas revolucionarias a sus espaldas, Engels consideraba la cuestión de la conquista del poder por el proletariado como una cuestión totalmente práctica, cuya solución no depende en última instancia de problemas militares. En los movimientos nacionales y acontecimientos militares de 1859, 1864, 1866, 1870-1871, Engels busca las palancas inmediatas para la acción revolucionaria. Examina cada nueva guerra, descubre su posible relación con la revolución y busca la manera de asegurar la revolución venidera por la fuerza de las

armas. Aquí radica la explicación de la forma viva y activa, en absoluto académica y no meramente agitativa, de tratar los problemas del ejército y la guerra que encontramos en Engels. En Marx la posición de principio era la misma. Pero a Marx no le preocupaban especialmente las cuestiones militares; para eso confiaba plenamente en su “segundo violín”.

En la época de la Segunda Internacional, este interés revolucionario por las cuestiones militares, como por muchas otras cuestiones, se perdió casi por completo. Pero el oportunismo encontró quizás su expresión más clara en la actitud superficial y altanera hacia el militarismo como una institución bárbara, indigna de la atención socialdemócrata ilustrada. La guerra imperialista de 1914-1918 nos recordó (y con tan inexorable desprecio) que el militarismo no es sólo objeto de agitación y discursos parlamentarios rutinarios. La guerra sorprendió a los partidos socialistas y transformó su actitud de oposición formal al militarismo en una de humilde genuflexión. Sólo la revolución de octubre pudo restaurar la actitud revolucionaria activa ante los problemas de la guerra en principio, pero también volver en la práctica la lanza del militarismo contra las clases dominantes. La revolución mundial concluirá esta tarea.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions Internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)